

## Un lugar lejano

---

Todos los dolores hieren.

La eternidad, piensa Julián, puede ser un instante. El tiempo que tarda la luz en dibujar los contornos de una fotografía. La eternidad, dice, está en el clic de la cámara. Puede ser también esa llanura desolada, un sitio que no figura en ningún mapa. La eternidad debe ser un sueño aún no soñado.

Los dolores hieren siempre.

Fantasmagorías. Ese sueño. La permanencia y el olvido, por ejemplo. En la debilidad está su fortaleza. Allí hay victorias, tragedias sin fondo, éxitos, amor. Pero también, algunas veces, hay paisajes. La frescura de la juventud consiste en creer que esos escarceos son hermosos y posibles. Muchos suponen que la madurez, en cambio, implica admitir la inexactitud de los sueños, aun de aquellos más simples. Un paisaje soñado no debería existir, al menos no tal cual se ha presentado en el sueño. Si así fuera, si esa sustancia onírica se materializara de manera inequívoca, entonces la memoria de esas quimeras ocuparía en la vida de las personas un lugar peligroso. Es por ello que en muchas ocasiones el deseo aparece emboscado detrás de la memoria, como si semejante acecho guardara la esperanza de una trascendencia.

Una flecha en el tiempo.

Una saeta, dice Julián y su vida queda en suspenso, como si colgara de algún tipo de precipicio, no él sino su vida asomada al abismo, esa historia construida paso a paso, minuto a minuto durante un tiempo inconmensurable que lo contiene a él y a sus padres y a su abuelo y a todos los antepasados que entreveraron sus destinos por el mundo. Así que él y su vida aparecen ahí, en ese territorio, como algo distinto, separado. Son dos entidades que se contienen la una a la otra, se alimentan a cada instante la una de la otra, crecen juntas y tratan de confundirse. Pero no lo logran. El paisaje del sueño se revela y es.

Una saeta ese sueño, entonces. La fotografía de ese sueño.

Esta es la historia de un lugar lejano y una foto. Esta es la historia de Julián Palacios, un fotógrafo famoso a quien la soledad le llegó junto con el cáncer cuando acababa de cumplir cuarenta años. Primero apareció un pequeño bulto justo debajo del cuello, una protuberancia inofensiva al principio, demasiado poco para su vértigo. A los dos o tres días ya se había formado alrededor una aureola de diferentes colores y texturas. Los anillos de Saturno, bromeaba él. La aureola creció en un proceso imperceptible al inicio, una sutil modificación que, sin embargo, a medida que pasaron las semanas, se tornó casi evidente. Otro ganglio brotó junto a una axila. Al final, la prédica de un amigo médico y el espanto de su mujer hicieron que bajara la guardia y aceptara los exámenes, las radiografías, las resonancias, los análisis. Dijeron que había que esperar. Que era bueno esperar. Empezó a doler.

La noticia del diagnóstico resultó ser una caída en cámara lenta. Algo cedía y se quebraba. Fue al día siguiente del ataque a las Torres Gemelas. Nada tenía sentido. La televisión mostraba imágenes que Julián miraba sin ver. Todo era aturdimiento. Esos ganglios.

Su mujer lloró.